

Presentación

Imperio ¿Red global, Estado(s Unidos) o Clase social?

Empire: Global Network, (United) State(s) o Social Class?

Juan Manuel IRANZO

«Globalización» significa hoy, principalmente, el cambio en las relaciones de poder y en las reglas de la actividad económica impulsado por las grandes transnacionales gracias a su influencia sobre gobiernos y organismos intergubernamentales; también, secundariamente, la contestación social a ese proceso, sobre todo cuando usa nuevos medios de comunicación y de acción simbólica. El Estado casi no cuenta en esta perspectiva. En su renombrada y discutida obra *Imperio*, Michael Hardt y Antonio Negri (2000) unen estas ideas con la restauración de un proyecto emancipatorio cuyas luchas ya no se orientarían hacia los Estados-Nación, sino hacia la estructura jurídico-política global del «imperio». Esta obra ha resucitado el debate sobre el imperialismo, pero su noción de un ente político global *no-estatal* ha encontrado dura resistencia. En este volumen, Carlos Vilas se opone a quienes lamentan o celebran el declive del Estado-Nación ante el avance de la liberalización económica global y el creciente poder de las empresas transnacionales, pues considera y argumenta que asistimos a una mera, aunque no insignificante, mutación de la fértil simbiosis entre mercados y poderes públicos que viene desarrollándose en Europa y sus tierras de colonización y dominio desde hace más de mil años.

Por su parte, Iranzo abre el análisis a otros agentes colectivos. Insinúa que el proceso de eclosión y unificación comunicacional global incrementa la inclinación general a juzgar deseable la unificación política global, al menos para ciertos asuntos de interés universal, como la sostenibilidad ecológica, la regulación económica y la prevención y socorro a las catástrofes humanas —sobre todo las propiciadas por regímenes económicos y políticos que anteponen sus intereses al desarrollo y el bienestar humano de sus poblaciones—. Síntoma de tal inclinación son las varias fantasías y sueños imperiales de reciente

proliferación. (Fantasías potencialmente performativas que encubren la disputa por la creación y control de un regulador keynesiano, monetario y fiscal, y otros instrumentos de gobierno, a escala mundial, entre la oligarquía corporativa-financiera global, la ONU y el Movimiento por Otra Globalización). Estos «juegos de imaginarios» tienden a ocultar hasta qué punto los análisis geoestratégicos y de clases sociales y grupos de interés activos convergen en identificar una estructura de dominación insostenible e injusta, frente a la que se ofrecen alternativas sin los recursos necesarios para superarla, ni articular una Ley Moral Universal básica para la convivencia global. (Una Ley imprescindible para administrar de manera justa, democrática e integral la *parte maldita* (Bataille 1949) mundial a nivel global con sensibilidad local).

No obstante, en las ciencias históricas el concepto de «Imperio» se refiere por lo general a vastos Estados pluriétnicos unificados por conquista de una etnia o aristocracia guerrera. Son fenómenos cuya amplitud geográfica suele coincidir con su *larga duración*. En esa perspectiva temporal, los imperios antiguos son máquinas *tributarias* que transforman excedentes agrarios en grandes ejércitos y fastuosas cortes. Su paradigma podría ser el imperio mongol descrito con admiración por Marco Polo (1298). En cambio, los imperios «modernos» de países de población europea (y Japón), son máquinas de *expansión* económica alimentadas por, y que retroalimentan el capitalismo, primero mercantil, luego manufacturero y hoy centrado en la información y el conocimiento. Su desarrollo ha durado más de medio milenio y, sin duda, el paradigma del imperio *moderno*, con sus formas de dominación preferentemente indirectas e informales, fue primero el Imperio Británico y hoy el «imperio» estadounidense, como apunta Marta Rodríguez Fouz.

Para Rodríguez Fouz el imperialismo, fruto ingénito de la voluntad de poder (*Wille zur Macht*) colectiva o efecto perverso necesario del capitalismo, no necesita explicación. El país grande más rico, hoy EE.UU., está predeterminado como potencia imperial. La única diferencia entre el actual imperialismo de EE.UU. y el europeo de hace medio siglo sería que la jactancia racista habría dado paso a la hipocresía, pasando la legitimación del dominio sobre «salvajes» o «terroristas» del deber moral de expandir la «civilización» al de extender la «democracia». Este cambio obedecería al avance moral experimentado por el sistema —y el derecho— internacional desde 1945. Así, el impulso etnocéntrico y expansivo irrepresible de toda potencia sólo se justifica hoy con patrañas que disfrazan de actos defensivos (ataques «preventivos») las agresiones. Pero eso implica también que el único freno plausible al imperialismo de EE.UU. deba provenir de una ciudadanía moralmente indignada por la contradicción entre su fe en la absoluta rectitud moral de sus motivos y la profusión de «daños colaterales», en especial intencionados; o bien entre el alto número de bajas propias y el hecho de que la operación beneficia más a intereses privados que a EE.UU. o al país al que se supone está «salvando». La auto-censura que domina gran parte del espacio mediático de EE.UU. procura por todos los medios que la movilización contra la Guerra de Vietnam no se reproduzca hoy.

No obstante, incluso si las cosas son tan claras como induce a creer la política exterior de EE.UU. desde el 11/09/01, son también más complejas. Entre el peso económico y el desempeño diplomático y militar mundial está el proceso político que decide las políticas fiscal, presupuestaria y exterior, incluso cuando ese proceso tiende a preservar con pocas variaciones un consenso acendrado que se expresa como «política de Estado». Así lo ve José Luis Piñeyro, desde la perspectiva de siglo y medio de subordinación mexicana a su vecino del norte. La distinción entre hegemonía e imperialismo, relevante en la escala del sistema-mundo, resulta huera al nivel empírico del caso mexicano. Para Piñeyro, la teoría leninista del imperialismo aún describe correctamente la relación entre México y EE.UU., salvo que la explotación no se basa ya en el intercambio desigual de bienes financieros e industriales por materias primas, sino en la especialización del centro en cualquier producto de alto valor añá-

dido y la destrucción de todo intento del Sur de hacer lo mismo. Por esto, rechaza la teoría de Hardt y Negri (2000, 2004) sobre una «multitud» revolucionaria —encabezada por la población migrante— que no se ve por parte alguna cuando se estudia empíricamente, en los países del Sur y en EE.UU., la estructura de clase de quienes se movilizan y votan.

La supremacía *militar* de EE.UU. es indiscutible, pero Michael Mann (2003) ha expuesto cómo, en ausencia de legitimidad política, control económico y superioridad cultural, el mero ejercicio de la fuerza no puede construir y sostener una relación de cooperación estable. Y esas condiciones están ausentes. Si nos reducimos a la magnitud económica —medida en PIB, en *billones* de dólares, ajustado a la paridad del poder adquisitivo (PNUD 2004)—, la situación en 2002 era ésta: TLCNA 12,1; UE-25 10,8; EE.UU. 10,3; UE-euro 7,9; China (y Hong-Kong) 6; Japón 3,4; India 2,8. La ampliación de las alianzas cambiará poco esas magnitudes (los países que se integrarán al ALCA suman 2.9 B\$, de los que casi el 50% corresponden a Brasil y otro 40% a Argentina, Venezuela, Colombia y Chile —y todos están en tratos análogos con la UE—; los países de ASEAN, que formarán un mercado común en 2020, asociado estrechamente a China, sólo suponen hoy 1,3 B\$) Los factores decisivos en el futuro serán la diferencia en las tasas de crecimiento económico (y demográfico), la sostenibilidad ecológica, la gobernabilidad política y las alianzas entre bloques. Y para enfrentar esta coyuntura, EE.UU. carece de recursos propios suficientes para financiar una política exterior militarista agresiva y, simultáneamente, mantener, no ya su credibilidad como deudor internacional solvente, sino su moneda y su deuda nacional como los productos financieros mundialmente más demandados. La globalización —el esfuerzo de las transnacionales globales por intensificar la explotación del Sur— oscila ya en torno a los límites de lo social y medioambientalmente soportable, así que no podrá ser una abundante fuente suplementaria de recursos ¿Permitiría esto que la UE, junto con otros países, pudiera jugar un papel moderador del más craso imperialismo de EE.UU.?

En la atalaya centroeuropea no se duda de que el mundo evolucione hacia alguna forma imperial global. También se asume implícitamente que EE.UU. encabezará esa *forma* y que Europa pue-

de aportar mejoras a las modalidades de poder que se implementen. Peter Wagner, por ejemplo, cree que, así en el espacio local como en el ámbito global, a la teoría y la práctica políticas les convendría buscar el modo de que las nuevas formas estatales confiriesen primacía a los derechos colectivos positivos (la vía europea) sobre, pero sin detrimento de, los derechos individuales negativos (*the american way*) dentro de un equilibrio y proporción apropiada entre ambos. Para Heidrun Friese, la evolución institucional de la UE (v. gr., la Constitución Europea) sería el *momento crítico* para superar la tradición de nacionalismo imperialista, confesional y/o autoritario, que lastra la morbosa nostalgia de los peores europeos, y *despertar* a una renovada tradición secular «provincializada» —territorial y culturalmente—, abierta a la acogida interna y la apertura externa hacia el resto del mundo menos favorecido. Europa siempre ha sido más un proyecto que una realidad, una voluntad de dejar de ser algo caduco para ser algo nuevo y original —hoy, la sombra del cesaropapismo, la peor expresión de las tradiciones grecorromana y judeocristiana, y paradigma de todos los totalitarismos occidentales, puede dar paso a un proyecto de *democratización permanente* basado en las virtudes de la hospitalidad, la tolerancia de la diferencia, el respeto a las minorías y la singularidad del otro, el rechazo a la xenofobia y los nacionalismos particularistas, y que regule al capitalismo desahogado—. En suma, sólo si Europa desecha el «Principio Romano» y desarrolla una dialogía comprensiva y no alienante con el resto del mundo podrá reinventarse dignamente a sí misma y *volverá a tener peso político en el escenario mundial*.

La pulcra minuciosidad de estos argumentos y su ansia de universalidad se debilitan por su fidelidad a la tradición de la escolástica romántico-burguesa alemana (de Hegel a Heidegger) cuya crisis tiene tanto que ver con la irrelevancia intelectual de la Europa continental en el mundo. Denuncian casi al desgaire que los particularismos europeos aún son tan robustos como era de esperar: «Las unidades menores no abandonan voluntariamente su soberanía y se funden en unidades mayores; lo hacen sólo por conquista o bajo presión externa... Los líderes de las sociedades pequeñas, como los de las grandes, son celosos de sus prerrogativas y su independencia. Las uniones sólo ocurren bajo la amenaza de una fuerza

externa o bien por conquista directa.» (Diamond 1997: 283, 289) La UE tiene su primer motor en la incapacidad de las naciones imperiales europeas para retener sus colonias y en la amenaza militar y política soviética (y hoy económica de EE.UU.) Mas en absoluto se ha renunciado a la ambición imperial: en 2004 la UE autorizó la creación para 2008, dentro del «Eurocuerpo», de varias «brigadas de intervención rápida», cuya misión *principal* sería atajar situaciones de crisis en *África* (las excolonias europeas), y la creación desde 2007 de una «Gendarmería Europea» cuya misión sería relevar a esas brigadas una vez pacificada la zona y mantener transicionalmente el orden público hasta que recobrase su autoridad un gobierno local legítimo —la UE está aprendiendo mucho de los errores de EE.UU.—.

Sería fatal para la UE intentar competir militarmente con EE.UU. —o incluso ponerse a la par—. El modelo de la EU no está en América, sino en su «interior»: vergüenzas bancarias aparte, el modelo helvético de «confederación democrática, armada pero neutral» puede ser mucho más prudente y beneficioso. El apoyo prestado por España y Francia a Brasil y Chile en la Cumbre de la Alianza contra el Hambre y la Pobreza (Nueva York 20/09/04) o la propuesta española ante la Asamblea General, al día siguiente, para crear un Grupo de Trabajo de Alto Nivel que promueva una «Alianza de Civilizaciones» entre Occidente y el mundo árabe-musulmán, para combatir el terrorismo fundamentalista y alentar el avance del desarrollo humano, la democracia y el respeto a los Derechos Humanos, muestran una sensibilidad apropiada y una actitud algo distinta de la tradicional de EE.UU. hacia el Sur. Sami Nair (2003) cree que el inminente desarrollo económico de los países árabes —en la estela del *youth bulge* actual, que ofrece trabajadores formados y con bajas demandas salariales— recompensará la actitud europea; sin embargo, los informes del Banco Mundial y el UNDP muestran que la mayoría de los países musulmanes, productores o no de petróleo, evolucionan hacia una creciente deuda pública y externa, la reducción continua de la renta per cápita y la formación de capital, y el estancamiento de la creación de empleo. Centrado económicamente en el Pacífico, quizás EE.UU. deje tranquilamente que los países «del Norte de África y este de Asia» se deslicen por la misma senda autodestructiva que

los países subsaharianos llevan tres décadas recorriendo. Eso es algo que la vecina Europa *no puede ni debe* permitir —de ahí su cauta apertura a Turquía y su trato asimétrico pero preferente con la ribera sur del Mediterráneo).

Así pues, Europa podría ser el contrapeso político y moral de EE.UU., pero los intereses de sus élites económicas son *idénticos* a los de sus equivalentes en EE.UU. —antagónicos entre sí, por competitivos, pero coincidentes frente al Sur—. El neoliberalismo rampa en ambas administraciones «federales». El mundo no gana nada con el ascenso de *otra* potencia neoliberal, salvo que su inclinación a promover efectivamente el desarme, el respeto a los derechos humanos, el Estado Social y el desarrollo sostenible y equitativo global exhiban pronto logros sustantivos ostensibles. Por desgracia esas «compensaciones por daños de la globalización» quedan relegadas en la agenda pública por quienes están más interesados en beneficiarse del «Gran Miedo al terrorismo» (Gil Calvo 2003). El ejército de EE.UU. ha probado su ineficacia contra este enemigo, en comparación con la actividad policial dirigida al mismo fin a escala global. En último análisis, como evidencia la larga experiencia anti-terrorista europea, sólo los países musulmanes podrán acabar con su fundamentalismo armado, y para eso necesitarán mucha ayuda, pero distinta y mejor de la que les ha ofrecido EE.UU.

Además, el terrorismo sólo es una variante de las actividades extorsionadoras —ilegales y violentas— en el mundo: las organizaciones mafiosas pueden perturbar la economía y la gobernabilidad tanto o más —al menos por un tiempo— que el terrorismo islamista. Recuérdese que EE.UU. perdió su guerra con el hampa en los años 20-30 del siglo xx, y que allí, en Japón, Europa y gran parte del mundo, la delincuencia organizada controla inmensos mercados —y no sólo de productos ilegales— y usa los mismos paraísos fiscales que emplean las transnacionales (cuya extorsión legal se basa en las amenazas de deslocalización) para eludir impuestos y hacer pagos ilegales. No hay que descartar, por tanto, la necesidad de un «rearme», moral, fiscal, legal y policial, del Estado de Derecho. El futuro podría excusar los cuerpos expedicionarios y las guarniciones en ultramar —como las que la administración de EE.UU. proyecta construir por toda Europa Oriental para poder intervenir rápidamente en Oriente Medio y «luchar las guerras

del siglo XXI» (G.W. Bush *dixit*, 16/08/04)—. Pero es muy posible que requiera policías y servicios secretos capaces de perseguir el crimen organizado —igual que el terrorismo— donde se refugie, y de influir sobre —o incluso, apoyando a la oposición democrática interna, deponer a— los gobiernos que lo amparan.

Centrándose más en la denuncia de las falacias neoliberales, Navarro defiende que el núcleo del poder mundial es la estructura jerárquica fiscal-militar de los Estados, no un vago «imperio» reticular global. El mito del «Estado mínimo» oculta que sólo los Estados *intervencionistas* pueden sostener la reproducción ampliada del capital y cambiar las reglas nacionales e internacionales de juego a favor de la acumulación de capital por parte de las transnacionales y las clases pudientes. Los Estados se diferencian por la medida relativa en que, bajo presión de las transnacionales, priman el gasto público militar y ponen su conjunto al servicio del capital, o, bajo presión popular, se orientan al gasto en bienestar social. (Pese a la incesante mentira neoliberal, esta fórmula es más eficaz que aquélla para incentivar el crecimiento y el desarrollo). Ambas modalidades estatales derivan del poder e influencia de diversas *alianzas de clases sociales*. Por eso el conflicto central actual no es «Norte-Sur» (menos aún «Democracia-Islam») sino «clases dominantes del Norte y el Sur vs. clases dominadas del Norte y del Sur». La globalización es la internacionalización del modo de dominación-y-explotación de aquéllas sobre éstas, el «neoliberalismo». Desde esa óptica, la invasión de Iraq es una guerra imperialista para controlar la producción y distribución de crudo e implantar una economía liberal favorable a los intereses de EEUU. Esta agresión sólo puede ser vencida por la acción simultánea de la resistencia iraquí y la oposición a la guerra de las clases populares de EE.UU. (como en Vietnam) y a escala global. Este análisis insinúa oscuramente que la élite dominante de EE.UU. podría haber concluido que ya no puede mantener su hegemonía global sin el control efectivo de grandes reservas de crudo ubicadas en otros países; es decir, que la derrota en la guerra es inadmisibles porque podría cambiar el poder relativo de las alianzas de clase en su perjuicio y a escala mundial.

Quizás por eso Navarro ve como estrategia práctica de contestación resucitar una Internacional *Socialista* de partidos, sindicatos y movi-

mientos sociales que reorienta a los Estados hacia fines como lograr el pleno empleo con salarios altos, una elevada tasa de población activa, y un Estado del Bienestar fuerte que mantenga baja la inflación mediante pactos sociales de rentas. No obstante, su reproche al movimiento «por otra globalización» por no secundar la demanda de liderazgo y hegemonía socialistas obvia que las fórmulas socialistas de propiedad y gestión públicas gozan de baja estima y prioridad en ese movimiento, cuyos miembros mayores recuerdan bien el fracaso de las políticas socialdemócratas en los años setenta, así como su vacilación en el apoyo a la democracia en otros países o en ámbitos socioeconómicos vitales, y el autoritarismo y la indulgencia con la violencia «revolucionaria» en sus sectores más radicales.

En efecto, a veces, por mor de no convertir a un adversario en un enemigo, algunos de los «nuevos movimientos sociales» se muestran bastante indulgentes y poco beligerantes con el capitalismo. De otro lado, para la izquierda más anquilosada es difícil asimilar que la diferenciación funcional de una sociedad compleja hace imposible una sociedad sin clases, pero debe ser posible reformar (o revolucionar) las formas culturales —costumbres e instituciones— que rigen sus relaciones (y las de género, etnia, etc.) para evitar que atenten contra la libertad y la realización personales y colectivas, y para que se basen en la equidad, la justicia y la solidaridad, y no en jerarquías de explotación. El desencuentro entre las vertientes socialista y no socialistas de la contestación anti-neoliberal global, la ausencia de una síntesis «rojiverde» mutuamente respetuosa, ecuaníme y efectiva, tiene dos consecuencias catastróficas.

Una es la reducción de la creatividad y la innovación transformadora. O, más bien, de su eficacia política. Asombra leer hoy el clásico de Tibor Scitovsky (1976) *Frustraciones de la riqueza*, compararlo con el informe del Worldwatch Institute (2004), dedicado al consumismo, y constatar que lo que más ha cambiado, a peor, son las cifras que atestiguan la creciente magnitud del problema: una mala asignación de recursos que ha hecho crónicas, a la vez, la insostenibilidad ecológica del sistema, una injusta y creciente desigualdad social, y la frustración general del consumo, por la oferta insuficiente —en algunos rubros, nula— de bienes privados y públicos de calidad y con sentido personal y social.

La otra es la debilidad para resistir la destructividad de la globalización neoliberal a escala global, sobre todo en los lugares más vulnerables, donde causa masacres que dejan en anécdota la hambruna irlandesa del siglo XIX (durante la que seguía la exportación de cerdos a Inglaterra, como hoy se exportan animales de especies amenazadas, maderas nobles y minerales de tantos países en crisis). En el momento de escribir esto (12/2004), hay cuatro grandes emergencias humanitarias simultáneas que afectan a millones de seres humanos, tres por hambruna (Malawi, Somalia y Chad —campos de refugiados provenientes de Darfur—) y una por inundaciones catastróficas (Haití) —más la situación de desabastecimiento crónico de Corea del Norte—. De hecho, la situación de emergencia ha devenido habitual, regular, crónica. Una situación que puede atribuirse a la pérfida indiferencia de unas «clases», la ruin desunión de otras y la desmoralizante desestructuración de tantas más; y/o también al fracaso de otros «agentes» como los Estados o las organización intergubernamentales o no gubernamentales.

No obstante, cabe dar un paso más y preguntarse, como Björn Hammar, si esta *ontología* clásica es todavía *heurísticamente* fértil. Por ejemplo, el paradigma «(neo)realista» en Relaciones Internacionales *presupone* que la unidad básica de la política mundial son Estados nacionales soberanos con identidades e intereses esenciales, estructuralmente inmutables (aunque coyunturalmente flexibles), identificables (pese a permanecer intangibles, ocultos o disimulados) unitarios, unívocos, centralizados, estrictamente *proprios* y mutuamente excluyentes. (Cámbiese «Estado» por «individuo» e «interés» por «preferencia» y se obtendrá el mismo autómatá maximizador, el *homo economicus* de la economía neoclásica). Y este enfoque —que no previó el fin de la guerra fría, las transformaciones políticas de los antiguos países soviéticos ni el coste que pagarían tantos países del Sur por perder su valor geoestratégico— apunta hoy el surgimiento de un «nuevo orden» mundial regido por un «imperio» —más bien un «megaEstado»— y, contradictoriamente, que los entes estatales centralizados y unitarios permanecen incólumes ante esa expansión «imperial»; y, aún más, que ambos tipos de entidades obedecen la misma dinámica tópica de maximizar sus recursos mediante su inversión en una expansión que redunde en una

mayor soberanía que aumente los recursos y así *ad infinitum*, o más bien *ad nauseam*.

El fin del «episodio bipolar» y el surgimiento de nuevos peligros globales —medioambientales, sanitarios, de seguridad (proliferación nuclear, terrorismo «confesional») y de gobernabilidad (inter) nacional— ofrecen la ocasión de debatir la (in)definición tradicional y la utilidad explicativa de conceptos básicos como «soberanía», «interés», «estrategia» o «seguridad». Así, por ejemplo, Hammar pregunta cómo se define la «inseguridad» y qué es realmente lo se debe proteger -y a qué precio— desde la óptica del «Estado», de la «sociedad» o de diversas «comunidades de intereses». Y puede observarse que *todos* esos conceptos —como los de «enemigo» o «amenaza»— son definidos *en el mismo proceso de construcción* de «sujetos-territorios (físicos o ideológicos) adversariales del que son parte constituyente y que suele acaecer en el curso de una competencia, que puede ser definida como «conflicto» o «enfrentamiento», donde se (de-/re-)construye simultánea y complementariamente la identidad «Nosotros-con(tra)-los Otros». Una versión más amplia de este argumento sobre los agentes sociales como «entidades-siempre-en-devenir» (*in-the-making*), que Hammar enfoca en los Estados, la ha desarrollado Barry Barnes (2000) específicamente para las clases sociales y los grupos de interés

Este volumen seguramente no contribuirá mucho a potenciar una reflexividad más responsable, flexible y tolerante entre los sujetos —académicos o no— capaces de influir en la producción de los enunciados potencialmente performativos que ci-

mentan la construcción moral de las identidades de los actores sociales y políticos —tampoco, me temo, a su mutuo entendimiento— pero ojalá ayude a que resulte definitivamente evidente su *imperiosa* necesidad —y lo innecesario de cualquier otro imperio excepto el de la Ley, es decir, el del autogobierno del Pueblo de Todos los Pueblos—.

BIBLIOGRAFÍA

- BARNES, Barry (2000): *Understanding agency*. Sage.
- BATAILLE, Georges (1949): *La parte maldita*. Icaria, 1987.
- DIAMOND, Jared (1997): *Guns, germs, and Steel*. W.W. Norton.
- GIL CALVO, Enrique (2003): *El miedo es el mensaje*. Alianza.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2000): *Imperio*. Paidós, 2002.
- HARDT, Michael y NEGRI, Antonio (2004): *Multi-tude*. Penguin.
- MANN, Michael (2003): *Incoherent Empire*. Verso.
- NAÏR, Sami (2003): *El imperio frente a la diversidad del mundo*. Random House Mondadori.
- PNUD: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2004): *Informe sobre el desarrollo humano 2004*. Ediciones Mundi-Prensa.
- POLO, Marco (1298): *El libro de las maravillas*. Anaya, 1992.
- SCITOVSKI, Tibor (1976): *Frustraciones de la riqueza*. F.C.E., 1986.
- WORLDWATCH INSTITUTE (2004): *La situación del mundo, 2004*. FUHEM-Icaria.